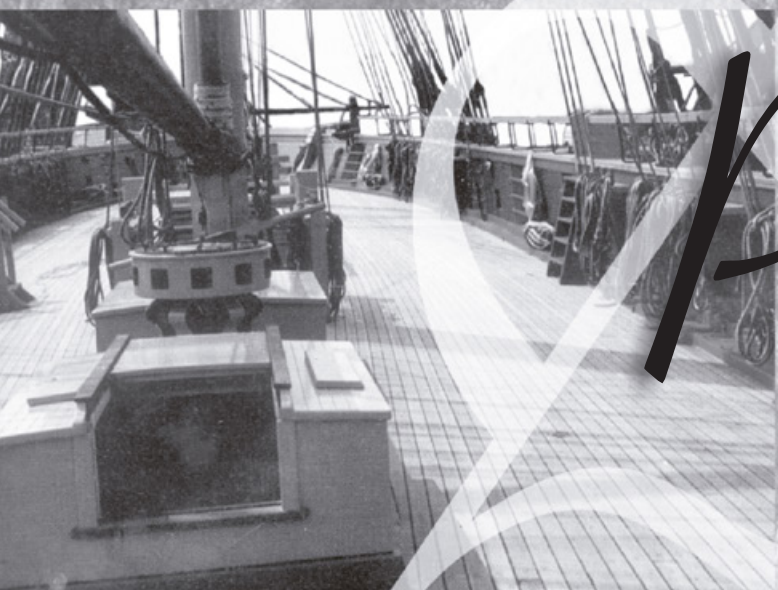




Pañol

de la historia



Fascículo No. 61

ISSN 1900-3447

Grupo de Comunicaciones
Estratégicas



Presentación



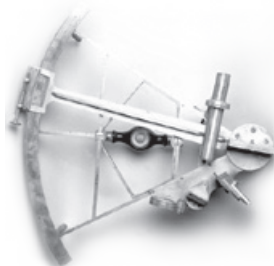
A los marinos de Colombia se dedica este trabajo de investigación sobre la historia naval, plasmado en crónicas que resumen las hazañas de aquellos que combatieron por todas las causas, navegando cargados de ilusiones y tiñendo el mar con su sangre.

Los PAÑÓLES DE LA HISTORIA, son un homenaje al pasado que como el mar, es infinito e inescrutable, pretendiendo rememorar la historia, convirtiendo la pluma en espada, los argumentos en un cañón y la verdad en un acorazado.

Agradezco al señor Almirante Leonardo Santamaría Gaitán, Comandante de la Armada Nacional, la deferencia de mantener la edición de estos resúmenes. Este trabajo desea llevar el mensaje de la historia a aquellos hombres de mar y de guerra, que fueron arrullados por las olas y embriagados con su encanto.

JORGE SERPA ERAZO

Vicepresidente del Consejo de Historia Naval de Colombia





Con motivo de la celebración de los 50 años de la guerra con el Perú, el periódico “El Tiempo” del 29 de agosto de 1982 publicó en la página 1B, el siguiente artículo que resume de manera excelente el referido conflicto Colombo-Peruano (1932-1933).



Perú quería a Leticia, pero . . .

Por Roberto Rojas Monroy

Todo fue sorpresivo aquella madrugada del 1 de septiembre de 1932.

Aún no amanecía en la esquina de Colombia y allí en Leticia, entre las sombras de la noche y la selva, frente al majestuoso Amazonas la población de 600 almas despertó bruscamente. Más de 300 peruanos llegados desde el otro lado del río, se adueñaron del puerto.

Fue hace 50 años y significó la chispa que prendió la guerra con el Perú. Llegaron desde “Caballo Cocha” y desde la Hacienda “La Victoria”, en territorio peruano, encabezados por el ingeniero Oscar Ordóñez, Jorge Files, Isidro Ruiz y Burge Cisneros.

Con la agresión se violó el Tratado Lozano-Salomón del 24 de marzo de 1922, refrendado algunos años más tarde por los congresos de los dos países y que fue la culminación de un largo proceso que demandó casi 100 años de discusión por los límites entre los dos vecinos.

Apenas despertaron los habitantes aún creían estar soñando que más de tres centenares de fusiles y machetes les apuntaban y escucharon claramente cuando gritaban vivas al Perú y “Leticia es del Perú”. Ahí si quedaron completamente despiertos. Había comenzado la agresión.





Entonces los colombianos que salían de sus camas sorprendidos por el súbito ataque de los arrendatarios de la Hacienda “La Victoria” del lado peruano del Amazonas, se restregaban todavía los ojos cuando vieron que la bandera nacional era arriada para, acto seguido, los invasores izar la del Perú.

El intendente del Amazonas, Alfredo Villamil Fajardo, y 10 hombres del Resguardo fueron apresados e inmediatamente sacados de Leticia. En la población no había un solo policía ni autoridad militar colombiana alguna. Los peruanos, de igual manera, se apropiaron de los dineros que había en las arcas intendenciales.

Solamente al tercer día del asalto Bogotá supo la noticia. Inicialmente se atribuía la invasión a un grupo

de comunistas del departamento de Loreto, al oriente del Perú, que se habían rebelado contra el régimen sanguinario del general Luis María Sánchez Cerro, como él mismo le dijo al ministro colombiano en Lima, Fabio Lozano y Lozano, y éste, a su vez, informó al presidente Olaya Herrera, al día siguiente de la ocupación.

El propio Sánchez Cerro expresó a Lozano y Lozano que el movimiento tenía origen comunista y ofreció su colaboración para disolverlo.

Primero la guerra diplomática

Ordoñez había empezado a preparar a los hombres de la toma, días atrás, cuando en Iquitos adquirió varias lanchas y algunas armas y alentó a sus connacionales arengándoles que “Leticia es nuestra”.

Por su parte, el general Sánchez Cerro no desaprovechó la circunstancia para sostener al alocado ingeniero Ordoñez en el puerto colombiano sobre el Amazonas.

En efecto, casi que silenciosamente fuerzas peruanas se fueron ubicando cada vez más cerca de Colombia y desde distintos frentes. No valía la carrera diplomática de la reclamación de la soberanía colombiana. Los vecinos iban tomando posiciones sobre el Alto Putumayo, sobre Tarapacá y sobre buena porción del Trapecio Amazónico.



En todo el país, a medida que transcurrían los días y los ocupantes de Leticia no entregaban la población, se fue extendiendo un sentimiento de nacionalismo que abarcó toda la estructura de las diferentes capas sociales. Se comenzaron a preparar envíos de tropas al sur.

Olaya Herrera y su canciller Roberto Urdaneta Arbeláez nombraron a Eduardo Santos para que se desplazara a Ginebra y presentara la queja oficial ante la Liga de las Naciones. Perú hizo caso omiso de la resolución de dicho organismo para que abandonara el sitiado puerto.

El mundo temía una guerra inminente y el país escuchó en memorable sesión del Senado a Urdaneta Arbeláez cuando dijo: “Solo un propósito nos anima: restablecer la normalidad en la frontera amazónica; solo un fin perseguimos: restaurar allí el imperio completo de nuestras autoridades, Y ese propósito y ese fin serán alcanzados cualquiera que sea la magnitud de las dificultades que se le presenten y que tenga que vencer...”

Habían transcurrido apenas 17 días desde que los peruanos se adueñaron de Leticia.

Laureano Gómez fue más lejos en aquella misma histórica sesión y dijo: “Paz! Paz! en el interior! Guerra! Guerra! en la frontera!”.

Tarapacá: primer fuego

La Cancillería colombiana trabajó intensamente durante los primeros meses de la invasión a Leticia y cooperaba con los agentes colombianos en el extranjero para que a su vez ejercieran presiones amistosas ante el gobierno de Lima y fomentar allí un espíritu de comprensión de la causa colombiana.

En esta primera etapa de la diplomacia, donde se buscaba mostrar la terquedad y las verdaderas intenciones peruanas, hubo enviados especiales del Gobierno colombiano a Venezuela y Guatemala, en las personas de Raimundo Rivas y Antonio José Restrepo, respectivamente. Por su parte, y con carácter voluntario, pero con la aprobación nacional y el beneplácito del Gobierno, el parlamentario Jorge Eliécer Gaitán hizo una gira por Mé-

xico, Ecuador y Centroamérica que contribuyó notablemente a mostrar el alcance real de las pretensiones peruanas en el territorio sobre el Amazonas.

En Europa, Eduardo Santos centraba en París y en Ginebra la acción diplomática colombiana ante el regreso de Londres de Alfonso López, quien venía a ocupar el puesto de Santos en la Comisión Asesora. El plenipotenciario en París, general Alfredo Vázquez Cobo, fue nombrado por Olaya Herrera, en un gesto admirable, comandante de la flotilla colombiana en la tarea por defender nuestra soberanía.





Desde la misma fecha de la entrada de los peruanos a Leticia y hasta la primera quincena de febrero de 1933 el Perú siempre rehuyó las fórmulas de mediación del Gobierno de Río de Janeiro y siempre pretendía “revisión del Tratado Lozano-Salomón”, cuestión inadmisibles para Colombia y por la mayoría de las naciones de la Liga, por cuanto en él se reconocía que “quedaron definitiva e irrevocablemente terminadas todas las diferencias entre el Perú y Colombia”.

Sin embargo, los peruanos avanzaron cada vez más en territorio colombiano. Había que defender la soberanía. Ya nuestras fuerzas estaban alertadas y cerca del contacto con el agresor. Así el 15 de febrero de 1933 se inició el fuego en Tarapacá.

Después de las primeras escaramuzas, los incas salieron corriendo y dejaron abundante material bélico.

La respuesta de los peruanos al descalabro que sufrieran en este primer enfrentamiento fue el atentado contra la legación colombiana en Lima, cuya casa fue saqueada e incendiada y providencialmente el ministro Fabio Lozano y Lozano, señora e hija, lograron salir ilesos hacia Guayaquil. Inmediatamente Colombia rompió relaciones.



Antes de ese 15 de febrero, el general Alfredo Vázquez Cobo, había lanzado un ultimátum al comandante peruano que ocupaba Tarapacá y exigía la devolución inmediata del territorio colombiano. Mientras el comando peruano pedía plazo para contestar, sus aviones se lanzaron al ataque, pero sus bombas cayeron en aguas brasileñas. “No hubo bajas de nuestra parte”, informaba el corresponsal de guerra de EL TIEMPO, Felipe Lleras Camargo.



Los colombianos desembarcaron en Tarapacá con la protección del fuego de la artillería. Los peruanos huyeron ante la presencia de una flotilla de aviones al mando del mayor Hebert Boy. Era el descalabro.

A bordo del “Córdoba” el general Vázquez Cobo inscribió su nombre para la historia en la reconquista de Tarapacá. Al mismo tiempo, mientras el país se enteraba de las acciones en el sur, vivas manifestaciones de colombianismo, espontáneas y patrióticas inundaban el ambiente.

Pero no vino del todo la guerra. El país parecía obligado a comprobar en este conflicto “una paciencia y un espíritu transaccional que no podrán ser fácilmente

superados”, como dijo Eduardo Santos en Ginebra, y que reseña José de la Vega en los números de abril y julio de 1933 en la “Revista Colombiana”.

Ante los movimientos de tropas en los frentes, las gentes entregaban dineros y alhajas a la causa. Muchachos de todo el país querían ir a combatir por la soberanía y con las primeras victorias los ánimos se enardecían vivamente. Los diarios desplegaban en primera plana la información sobre la guerra en el sur y sobre las gestiones diplomáticas, mientras los peruanos se fortalecían aún más en el Alto Putumayo.

Vendría ahora el combate de Güepi, allí en el Putumayo.

Fuego en el Güepi

Con el ronroneo de las “Cucardas” (aviones colombianos) en la mañana del martes 26 de marzo de 1933 los soldados apostados en las inmediaciones del cerro ya sabían que ese día se daría la esperada batalla de las alturas del Güepi, donde los peruanos habían hecho una verdadera fortaleza.

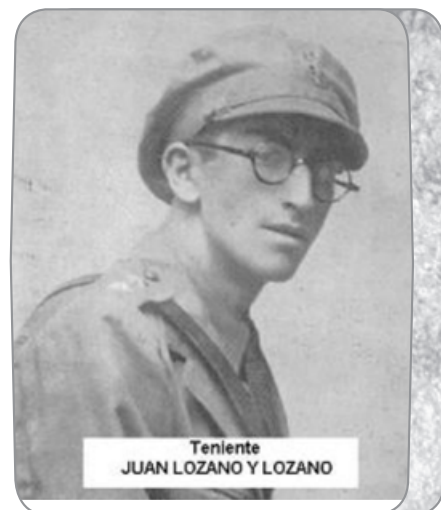
Deslizándose pesada pero rápidamente los cañoneros “Santa Marta” y “Cartagena”, adquiridos en Francia por el general Vázquez Cobo y construidos en astilleros suecos, las unidades de aire y agua por el Putumayo apoyarían a la infantería en tierra.

En lo más profundo de la selva inhóspita se escuchó un ruido ensordecedor: El “Cartagena” hacía vomitar sus cañones. Era la orden ataque para que entraran en acción todas las fuerzas. El “Santa Marta” también abrió fuego. Al mando del coronel Roberto Rico el primero y del “Negro Solano”, el segundo.

Los peruanos reaccionaron y desde lo alto del cerro empezaron a hacer escir sus ametralladoras. Las fuerzas colombianas atravesaron el río en “Cayucos” y por trocha se dirigieron hacia donde estaban los peruanos. Allí ofreció valerosamente su vida el soldado Sóximo Suárez, quien a toda carrera logró quitar de en medio una infernal ametralladora que obstaculizaba el paso de los nuestros.

“Esa hijueputa ametralladora no nos detiene”, gritó y de frente se aferró a ella. Su cuerpo fue destrozado por la lluvia de balas, pero limpió el camino a las tropas. Fue un dramático y sangriento acto de valor que quedó inscrito en los anales de la historia colombiana.

Entre tanto, desde el río y desde el aire, el tableteo de las armas de las cañoneras y de los bombarderos fueron dominando la situación. Allí se entregó el teniente peruano Garrido Lecca. El combate duró ocho horas y finalmente los colombianos lograron la posesión del estratégico cerro. En mitad de camino había quedado Sóximo Suárez, quien todavía abrazaba la ametralladora automática de los peruanos. Al atardecer era arriada la bandera peruana y se izaba la tricolor de Colombia. Otro héroe de la jornada fue el capitán Roberto Domínguez.



Teniente
JUAN LOZANO Y LOZANO



Había sido una victoria más de los nuestros. Al igual que en Tarapacá, los peruanos salieron corriendo y abandonaron sus pertrechos de guerra.

Unos días antes de Güepi, y en el sitio de Buenos Aires, el 17 de marzo en un encuentro con los peruanos, cayó el primer colombiano de esta guerra: el soldado Efraín Matiz, natural de Nimaima.

Pero quizás el símbolo del valor en las heroicas jornadas de combate lo ostenta un huilense: Cándido Leguízamo, quien con otros tres compañeros se desplazaba en una lancha de patrullaje y fueron emboscados por más de una treintena de peruanos. Al morir los dos acompañantes de Leguízamo, éste se defendió como un león, y antes de caer abatido, abatió a más de 15 enemigos.

También en las acciones de Güepi tomó parte el “poeta-soldado” Juan Lozano y Lozano, hermano de Fabio y una de las plumas más brillantes del país quien sobre esta batalla dejó una hermosa página.

Muere Sánchez Cerro y....

El 30 de abril de 1933 un suceso haría cambiar el curso de los acontecimientos: un atentado en Lima que costó la vida al dictador Sánchez Cerro cuando salía de una revista militar del Hipódromo Santa Beatriz, donde vio desfilar a 20 mil reclutas que serían enviados a las fronteras. El autor del hecho fue un aprista (partido revolucionario de Raúl Haya de la Torre), Abelardo Hurtado de Mendoza, quien fue acribillado en el acto.

Le sucedió a Sánchez Cerro, el general Oscar Benavides, un veterano militar y hábil diplomático. En Colombia este súbito cambio de gobierno pareció que aceleraría el proceso de la anhelada paz.

Alfonso López aprovechó su amistad con el general Benavides y acudió a Lima para encontrar una salida al conflicto. Y por fin, los dos países aceptaron una fórmula: por un año Leticia sería regida por una Comisión de la Liga y al final se entregaría la población y el Trapecio Amazónico a Colombia, según se había establecido desde el Tratado Lozano-Salomón de 1922. Se aceptó el pacto y con la firma del Protocolo de Río el 24 de mayo de 1934, Colombia recuperaba para siempre a Leticia, el puerto que el Perú quería, pero.....



Yo Cadete Firpo, I

Por: Luis Eduardo Schroeder Soto
24-026 Desde Suecia.



1) HMS Halland



Por estos días hace 60 años (1955), acontecían en mi vida cosas que llegarían a cambiar rotundamente las condiciones de mi existencia, hasta el grado de «...tener que desprenderme de quien yo fuera, para poder ser lo que yo debiera llegar a ser...». Pero como son esas cosas de la vida, en ese mismo intento pronto se demostraría que en mi caso, que no es nada excepcional, se entrometerían otros factores que no entraban en la fórmula de Albert Einstein (1879-1955), de la que me valgo en este raciocinio, que con prioridad conseguirían hacer-



se valer interfiriendo en lo que yo llegaría a ser. O sea que la fórmula del sabio, aplicada en la vida real de los mortales, por fortuna resultaba truncada, y gracias a esa defección parece que felizmente nos queda un pequeño marginal muy nuestro, del que alguna ínfima parte podríamos ufanarnos, hasta el punto de quererla compartir con nuestro prójimo, lo que muy encantado hago con estas líneas.

Era la década de los 50, cuando a razón de los efectos de la guerra fría, y del intermezzo con la República de Venezuela respecto a los islotes de Los Monjes, la Armada Nacional de Colombia ponía en marcha una dinámica era de modernización y potenciación, equilibrando el Poder Naval de la Nación, que se iniciaba con la adquisición de los EE.UU. (base naval en Yokosuka, Japón), de dos (2) fragatas más semejantes a la ARC Almirante Padilla (1947), de la clase “Tacoma”: la ARC Capitán Tono (1952) y la ARC Almirante Brión (1953); y la construcción en Suecia (1954-1957) de dos (2) nuevos destructores de la clase HMS Halland, de la Real Flota de Suecia, que vendrían a reemplazar los veteranos destructores construidos en Inglaterra, el ARC Caldas y ARC Antioquia, concluidos veintisiete (27) años de su glorioso servicio (1934-1961).

En conexión con el proyecto de construcción de los destructores en Suecia, se pone en marcha la llamada Operación Firpo de entrenamiento de personal en todas las categorías, en la que yo, junto con nueve (9) Cadetes más de la Escuela Naval en Bocagrande, participamos durante un período de cuatro (4) años redondos (1955-1958), siendo de esa gran aventura y valiosa experiencia que me propongo compartir con los Compañeros Cyber Correderos, los hechos, pasajes, tópicos y anécdotas de mayor interés, permitiéndome aclarar que mi relato es enteramente personal, haciendo foco en mis propias impresiones reproducidas de mis indelebles recuerdos, y anotaciones en mis diarios privados, e infinidad de cartas y postales que enviara a mis familiares y amistades, felizmente conservadas con celo que con el tiempo se convertirían en valiosísimo tesoro. Agréguese a esto la suerte de haber tenido conmigo una cámara fotográfica que mis padres me enviaran a la víspera de partir a esa gran aventura.

Empezaré describiendo el elemento humano en mí, que apenas siendo un niño, en par de meses me decido por seguir la carrera Naval, en un principio totalmente ajena a mis designios de turno, y aun así logro hacerla mía con juvenil optimismo, confianza inquebrantable, y miles de ilusiones.

Cumplidos mis dieciséis (16) años de edad (1953.10.01-Ma.), dispuso el destino y quise yo personalmente, presentarme (1953-diciembre) al concurso para ingreso a la Escuela Naval de Cadetes en Cartagena. Cursaba yo el cuarto (4º) año de Bachillerato en el Gimnasio Germán Peña en Bogotá, en el que a razón de la ausencia de mi familia por comisión oficial de mi Padre en el exterior, cumplía ya cuatro (4) años como alumno interno. Por aquel entonces el Gimnasio era sólo para varones con sede en una enorme casona en amplísimo solar en la Carrera 7ª al tope de la Calle 72, llamada Avenida de Chile. Un tío mío era mi acudiente en la capital y yo viajaba al lado de mi familia en vacaciones y navidades. Queda en su lugar aclarar que en verdad fueron mis estudios, en los que felizmente me iba bastante bien, lo que originara la determinación de mis padres en dejarme interno con todas las comodidades del caso, no queriendo ellos interferir en el afortunado curso que estos llevaban. Reconozco, vanagloriándome desvergonzadamente a estas horas de mi avanzada edad, que por aquellos años supe corresponder a tan exclusivas consideraciones y privilegios, haciéndome acreedor a ganarme la “Copa” al “Mejor estudiante del Gimnasio” en la Sesión Solemne de diciembre de

1950, y ser declarado además “Mejor estudiante Fuera de Concurso” en las correspondientes solemnidades los siguientes años 1951 y 1952. Cambios excepcionales empezaban a ocurrir en mi vida en diciembre de 1953.

La formidable biblioteca puesta a mi alcance en aquel claustro, creada por su fundador y conocidísimo educador, el Dr. Germán Peña Quiñones entonces ya fallecido, se convirtió en un campo de exploración en el que yo pasaba horas enteras de mi tiempo libre; entretención que junto con el apoyo y la inspiración que recibía de mis profesores y educadores, entre los que estaba el Capellán del Gimnasio, el célebre Padre Galindo, también Capellán de la Escuela Militar de Cadetes, quien de sus horas de Religión hacía profundas y amenas sesiones de Teología; nuestro profesor en Fisiología y Anatomía, Ricardo Ceballos, estudiante en tercer año de medicina, que temerariamente nos llevaba a estudios y disecciones con cadáveres en el anfiteatro de la Universidad Nacional; el profesor en Historia y Geografía, Guillermo Forero, mentor de mi curso también interno en el Gimnasio, quien en numerosísimas sesiones en horas libres me enseñó y orientó en las artes plásticas, el dibujo y la pintura. Todos ellos contribuían en mi consagración y formación en Ciencias Naturales, Filosofía y Letras, así que las Ciencias del Mar estaban por aquel entonces allende mis horizontes.

Pocos factores, pero muy decisivos por cierto, me llevaron a interesarme en la carrera naval. Uno de ellos ocurrió el 20 de julio de aquel año 1953, cuando vi desfilar por las calles de Bogotá a la Escuela Naval Cadetes. Su reducido número de representantes en sobrios uniformes negros, bronceados todos por el sol, avanzando a paso lento y marcial, al son de templados tambores y sonoros clarines, me impresionó sobre ma-



2) Desfile el 20 de Julio en Bogotá.

nera, especialmente después de haber visto pasar por el mismo asfalto a los integrantes de la Escuela Militar a paso recio, uniformes en alegre colorido, cascos con penachos blancos y morrales de la primera (1ª) guerra mundial. Con los navales aquél lejano, desconocido e infinito horizonte se volcaba sobre mí. En octubre de ese mismo año, el mes de mis dieciséis (16) años, nos visitó en el Gimnasio un oficial de la Armada, quien muy profesionalmente nos informaba sobre las grandes posibilidades que brindaba continuar estudios en la Escuela de Cadetes en Cartagena, en un curso acelerado de tres (3) años para alcanzar el grado de “Teniente de Corbeta”, y acerca de la misión de la Armada ejerciendo “soberanía” en nombre de la Patria, a bordo de “unidades a flote” en los inmensos mares que bañaban nuestras costas. Tales términos y conceptos nunca antes escuchados, mucho menos leídos por mí en



libro alguno, sencillamente me fascinaron, al igual que me embelesaba el mar con el que me había familiarizado en vacaciones junto a mis padres. Además, la idea de aquellos estudios sobre ciencias nuevas, resonaba en mis adentros desafiando mi vulnerable curiosidad. Así fue que junto con otro compañero de curso nos apuntamos de inmediato como interesados, y dos meses más tarde nos encontramos involucrados en una verdadera batalla campal de todos contra todos, entre un elevado número de concursantes que apenas cabíamos en un enorme salón del Colegio Mayor de San Bartolomé en pleno centro de Bogotá.

En aquel tercer piso, un aire santafereño se colaba silbando sin decoro por los ventanales abiertos de par en par, y refrescaba las candentes cabezas de más de medio millar de entu-



3) Colegio Mayor de San Bartolomé

sistas allí congregados, maquinando todas en dar respuesta a páginas enteras cargadas de preguntas en varias asignaturas, y problemas matemáticos. No recuerdo el tiempo que tomara tal faena, como tampoco el grado de dificultad que tuviera, pero sí la enorme hambre que tenía al salir de allí.

Aclarada y aprobada esta fase “intelectual”, pasamos a la de “calzonci-

llos”, la más difícil con exámenes médicos y chequeos físicos, en la que la gran mayoría de los participantes eran dados de baja con solo quitarse los zapatos. Mi compañero de curso fue desechado por un problema en la vista: Escribo “desechado” por los ademanes de los galenos que practicaban la inspección del material humano en las diferentes estaciones de control. Primero hacían un reconocimiento ocular del objeto de turno; luego practicaban una incómoda operación de palpación, medición, y casi que escribo de olfateo, para finalmente indagar el nombre del paciente con la finalidad de tacharlo en la lista, o proveerlo de un chulo aprobatorio. Los “chulados” éramos dirigidos mediante un gesto de policías de tráfico a pasar a la siguiente estación, y a los “desechados” apenas se les decía casi de sopapo: “pie plano”, “hernia abdominal”, “dentadura incompleta”, “estatura no reglamentaria”, etc., etc. Que si hubo protestas... ¡Cáspita que las hubo! ...pero eran más los que se desplomaban aturridos por el portazo, que los que se erguían encabronados.

Llegada la fase de selección finalizando diciembre, por fortuna mis padres ya estaban de regreso en Colombia. Yo los sorprendí con la noticia de estar en proceso de enrolamiento en la “Marina”, como entonces se llamaba. El Rector del Gimnasio, Dr. Rogelio Eraso, quien durante cuatro (4) años había sido para mí el oráculo que me acompañara y guiara en el mundo de los libros, era el primero en recomendar mi «... aptitud, madurez y honorabilidad para, con los mejores resultados, pudiera responder a mis sagrados compromisos...». Con sus palabras todo estaba dicho, y con esto mis padres quedaban felizmente tranquilos y satisfechos, brindándome plenamente su apoyo en mis lozanos designios. Ahora seguía una fase de avance a papelazos: certificados y garantías de toda índole, recomendaciones, fianzas bancarias, etc.,

casi todo en Papel Sellado y refrendado por el notario Público, llenaba una carpeta abierta a mi nombre en la Oficina de Personal del Comando de la Armada, y transcurrido un mes largo, a fines de enero de 1954, creía que aquella mañana yo era el primero en llegar al patio interno, más frío que sombrío, de la casona al frete del Palacio de Nariño. Allí ya había un verdadero tumulto de aspirantes peleándose poder leer la pequeña nota fijada en un tablero apenas un poco mayor que ésta. Todos hablaban al mismo tiempo; unos vociferando a grito tendido los nombres allí anotados para que otros se enteraran; muchos gritando sus propios nombres para que aquellos más cercanos a la lista los buscaran. Los que encontraban su nombre o se enteraban de su registro, explotaban de alegría saltando como locos. Las mismas expresiones de asombro, deliciosas y educadas las unas, rudas y soeces las otras, se empleaban indiferentemente tanto en júbilo y gratitud, como en descontento y maldición.

Escurriéndome por un costado logré avanzar hasta la primera fila de exaltados curiosos aplastados contra la helada pared. Casi ahogándome por los apretones y empujones que recibía en mi entorno, flotaba yo en el aire sostenido por una masa humana que me bamboleaba de uno al otro extremo del pequeño tablero, haciéndome imposible hacer foco en las diminutas líneas escritas a máquina. Por ninguna parte conseguía ver mi nombre, y un total enredo hacía con lo que lograba percibir escrito en las líneas adyacentes, hasta que concentrándome en el orden alfabético de los apellidos registrados, lentamente fui avanzando respirando con dificultad hacia el final de la lista, en donde me parecía divisar el apellido Schroeder. Mis ojos lo veían, pero mi mente se negaba a corroborarlo hasta no eliminar la espantosa risa sardónica que sin control se escapaba de mi garganta. Ante aquella sencilla nota con los nombres de los seleccionados en Bogotá, permanecí incontables minutos. Retrocediendo luego del lugar sin desprender la vista del tablero,



4) *Gustavo Rojas Pinilla*

con un corazón que en tremenda taquicardia trataba fugarse de mi pecho, llegué por fin a una distante posición desde sólo veía un enorme joto gris en pleno movimiento con vida propia. De pronto sentí un fuerte golpe en el hombro a la vez que una voz en letras mayúsculas me decía:

— ¿Usted que hace aquí?

Volviendo la mirada, y escapándoseme una alegre carcajada al reconocer a mi interlocutor, exclamé:

— ¿Y usted qué? ¿También está en la lista?

Era Gabriel Medina Correa, estudiante del Gimnasio Germán Peña, recién graduado de



5) *Capitán de Fragata Eraso Annexy (centro)*
Contralmirante Piedrahita Arango (izquierda)
Contralmirante Vaquero Herrera (derecha)



bachiller, de quien no tenía la menor idea que hubiese participado en el mismo certamen para ingreso a la Escuela Naval. Es muy posible que otros bachilleres, o estudiantes de 5° grado del Gimnasio, hubiesen concursando junto con Medina, pero nunca lo llegué a saber. Estando yo de dieciséis (16) años apenas cumplidos, siendo sólo del 4° grado, y de ñapa requi-interno con muy limitados permisos para apenas asistir a los exámenes, poco bulto hacía yo por esos corredores repletos de entusiastas que se tomaban su tiempo, haciéndose ilusiones con buena dosis de francachela en esas diligencias de rigor. Queda en su lugar reconocer la efectiva estrategia del Oficial reclutador, manteniendo sus charlas arengadoras cuidándose de mezclar estudiantes de diferentes cursos en un mismo auditorio; una enseñanza que me sería muy útil once (11) años más tarde, cuando siendo Oficial de planta de la nueva Escuela Naval en Manzanillo (1964), me llegara el honroso turno de reclutar aspirantes por las principales ciudades del Norte de Colombia. Medina se graduó de Oficial con la Promoción XXIV en Cartagena (1957.12.07).

En las horas de la mañana del día jueves 11 de marzo de 1954, viajábamos en un avión de la FAC con destino a Cartagena. Ese día se integraba en la Heroica el Contingente XXIV con cuarenta y nueve (49) jóvenes optimistas provenientes de los cuatro puntos cardinales de Colombia; un contingente que se iniciaba haciendo parte de esa dinámica viada de modernización y potenciación puesta en marcha por la Armada Nacional, como quedó mencionado al inicio de este primer capítulo del Cadete Firpo.

Era Presidente de la Nación el General Gustavo Rojas Pinilla.

Comandante de la Armada Nacional el Capitán de Fragata Jaime Erazo Annexy.

Director de la Escuela Naval de Cadetes el Capitán de Fragata Hernando Berón.

Comandante del Batallón de Cadetes el Teniente de Navío Alfonso Díaz Osorio.

Comandante de la Cuarta (4ª) Compañía, la nuestra del Contingente XXIV, el Teniente de Fragata Hernando Salas.

Como Brigadier Mayor estaba el Guardiamarina Enrique Román Bazurto.

La Escuela se encontraba localizada a la entrada de Bocagrande, continua a la Base Naval desde enero de 1941. Sus instalaciones eran frescas y funcionales, para un número reducido de cadetes que entonces apenas sumábamos unos 200. Nos iniciábamos como reclutas en una escuela de la vida, en la que los mismos educadores no sólo se habían formado en ésta, sino a la que habían retornado trayendo en gratitud sus propias experiencias, de una profesión sostenida por los pilares del compañerismo, la caballerosidad, la honorabilidad, y la incondicional entrega con el irrenunciable celo de servir a nuestra Armada, y con ella a la Patria.



6) Cadete 24-026 Schroeder

Mucho quisiera escribir sobre este primer encuentro con lo que se convertiría en mi nueva vida, y encantado lo haré más adelante, cuando la hora llegue para reseñar el otro encaramiento con lo que radicalmente la cambiaría, haciendo entonces una concienzuda comparación tanto entre los pequeños detalles y rutinas cotidianas, como entre los métodos, estrategias, y herramientas para alcanzar los respectivos objetivos. Escribo “respectivos” porque inclusive existía una marcada diferencia entre los productos finales que se pretendían forjar. Con sólo decir que la Operación Firpo se realizaría en latitudes ajenas a las que las proas de los buques de la Armada Nacional acostumbraban a arar en sus laboriosos cruceros, estaría apenas tratando de componer un escueto croquis sobre la diferencia entre los hemisferios de operación, y si agrego que serían otras las estrellas y los horizontes en los que pondría el lente de mi sextante, entonces lograría más nítidamente darle color a los fondos de los dos grandes mundos, de los que metafóricamente trato de explicar sus enormes diferencias.



7) Tres selectas Academias Navales.

Cursando el primer semestre del segundo año de escuela (1955), o mejor dicho cuando ya lucía dos (2) estrellas en mis palas de Cadete, siendo una tradición en la Escuela Naval premiar a los alumnos que se distinguieran en sus estudios y servicio, con becas para continuar su carrera en renombradas Academias Navales en el exterior, la Dirección de la Escuela me ofreció a escoger en un concurso con otros pocos compañeros, entre las academias de Minneapolis (USA), Livorno (Italia) y Valparaíso (Chile). Personalmente elegí a Livorno (centro) en primer lugar y Minneapolis (izquierda) en segundo. Noticia sobre el resultado del certamen se comunicaría finalizándose el semestre. La razón de mi elección se basaba en el aspecto netamente cultural que caracterizaba al país de destino. ¿A caso no era genovés Cristóbal Colón? Además fue en italiano que Dante Alighieri escribiera su gran poema “Commedia” llamada Divina en la posteridad [1304-1321]. Y qué decir de Lacio, la cuna del Latín, la lengua de las lenguas, la lengua del Imperio Romano y de la liturgia cristiana. Cuando me anoté a Livorno me hacía ilusiones del poderoso ¡Bravo! que el Dr. Rogelio Eraso exclamaría al yo informarle



que salía becado para Italia. Sobre mi viaje a Suecia nunca le escribí, a razón del secretismo y la incertidumbre que eclipsaba aquella maniobra, como describiré más adelante.

Para fines de mayo del año 1955, la Escuela se embarca en las fragatas ARC Capitán Tono y ARC Almirante Brión en crucero de entrenamiento. A mí me correspondió embarcarme en la primera mencionada. Después de una semana en maniobras en aguas del Caribe a lo largo de la costa desde Cartagena hasta el Cabo de la Vela en la Guajira, giramos en redondo poniendo rumbo a Bocas de Ceniza, por donde entramos aguas arriba del imponente Magdalena, hasta los malecones de la ciudad de Barranquilla. El cambio en las condiciones de navegación de aguas marinas a fluviales, fue una grata experiencia que daba reposo a mi alborotado y estropeado estómago por la fuerte marea que tuviéramos durante los últimos días en el Caribe. El tremendo calor que por el contrario nos ofrecía el bajo Magdalena amarrados en la Arenosa (1955.06.04-Sá.), hacía insoportable la vida bajo cubierta.



8) ARC Capitán Tono.

Al día siguiente, domingo 5 de junio de 1955, en las horas de la mañana, oí mencionar mi nombre por los altavoces de la unidad, entre otros de compañeros conocidos, dándonos orden de formar inmediatamente en la segunda (2ª) cubierta a estribor, ante la cámara del Señor Comandante. La orden fue repetida cuando yo ya iba trepando todo sudoroso por las escalas que allí conducían. Éramos una decena de cadetes los llamados a formación, y nos íbamos acomodando en dos filas a medida que llegábamos, mirándonos unos a otros en ca-

tedral silencio, buscando una explicación de lo que estaba aconteciendo. Todos éramos del Contingente XXIV, unos embarcados en la Tono y otros en la Brion, asunto que intensificaba nuestra curiosidad al borde del nerviosismo. Un Oficial cuyo nombre no recuerdo, a la sazón a órdenes de la Dirección de la Escuela Naval en Bocagrande, luego de ponernos alto y saludarnos, lista en mano procedió a comprobar nuestra presencia. Lo que vino luego fue tan sorpresivo para todos nosotros, que nos dejó mudos por un largo rato, más aún cuando en nuestras caras brotaban claras señales de alta complacencia, por la sencilla razón de hacernos sospechar de un procedimiento completamente diferente de aquellos en los que se repartían “chicharrones” poco populares.

— Ustedes han sido preliminarmente seleccionados por el Comando de la Escuela, como candidatos a una comisión en el exterior.

Cortas y claras palabras con un mensaje que nada tenía en común con la continuidad de nuestro crucero hacia las aguas de Cuba, como estaba programado. Lo primero que se me vino a la cabeza, refrescada a la sombra de un bote salvavidas asegurado a esa altura por el costado de estribor, fue la esperada repartición de las becas antes mencionadas, pero mirando a mi rededor pronto me di cuenta que entre los presentes, se encontraban compañeros que yo supiera, nunca se habían expresado interesados en aquél certamen. Una aclaración a este fenómeno no se dejó esperar. El portavoz de la grata noticia, sin duda buen conocedor de nuestras hojas de vida, pronto nos dejó aclarado que los destinos antes señalados para becas en el exterior, habían sido eliminados en esta ocasión. Lo vigente ahora con máxima prioridad, seguía las especificaciones de la llamada Operación Firpo, que en nuestro caso de aceptar la oferta, y de individualmente resultar seleccionados, los estudios se cursarían en la Escuela Naval de Suecia. Muy importante era la aclaración de que para la selección preliminar de los candidatos, que nos encontrábamos allí congregados, se había partido de una minuciosa evaluación de nuestra competencia académica, siguiendo los resultados de los últimos exámenes semestrales, junto con las calificaciones de nuestro servicio militar y conducta personal. En otras palabras, y muy placentero en anotarlo con toda la humildad del caso, a la sazón se nos estaba considerando como los cadetes mejor calificados de nuestro Contingente, sin preferencia alguna.

Dos (2) importantísimas condiciones se nos amonestó a tener presente y observar a priori, antes de dar respuesta sobre nuestra voluntad y disponibilidad aceptando o declinando la nominación como candidatos a ser becados con destino a Europa: la primera trataba sobre la alta clasificación confidencial con la que se nos exigía tratar todo en conexión con esta Operación Firpo, y la segunda sobre una duración aproximada de cuatro (4) años en el exterior, sin incluir viajes de vacaciones o visitas no oficiales de vuelta a Colombia. Más información se nos daría en la Escuela en Cartagena a los que aceptásemos, debiendo desembarcar en las horas de la tarde este mismo día domingo.



9) Real Escuela de Guerra Naval de Suecia.

Puestos a discreción se nos dio oportunidad para un diálogo abierto entre nosotros mismos, con la posibilidad de formular preguntas. La primera expresión que se oyó, casi al unísono a forma de una auto corroboración de lo que estábamos escuchando fue «... Suecia...», acompañada de numerosas miradas que decían más que cualquier pregunta. En verdad fue muy poco lo que se trajo a colación, y en caso de precisar de alguna aclaración, la respuesta que se nos daba era aquella misma de que en la Escuela se nos daría toda la información de rigor.

Pronto a iniciarse el chequeo de nuestras respuestas, se nos ilustró responder con un «... Positivo...» al escuchar nuestro nombre en caso de querer continuar en el concurso, o con un «...Negativo...» en caso contrario. Llegándome el turno en un chequeo que me parecía avanzaba vertiginosamente, tremendamente emocionado se me enredaron las palabras exclamando «...Positivo mi Teniente ...Firmes...». Todo era válido en aquellos momentos de efervescencia y calor, más aun cuando segundos antes había escuchado una respuesta negativa de mi compañero que se encontraba a mi lado, que me había dejado estupefacto. Se trataba de uno de los mejores estudiantes y camaradas de nuestro Contingente. Él no se había anotado para ninguna de las alternativas mencionadas anteriormente, y en esta ocasión no dudó en agregar un elegante «...Positivo mi Teniente...» sin dar mayor explicación, cuando el Oficial le indagara por segunda vez si estaba seguro del «...Negativo...» que acababa de dar. Su nombre lo mencionaría yo más que encantado, pero estoy seguro de que apreciaría mi discreción, limitándome en agregar que él se luciría siendo el más premiado de los Oficiales de la Promoción XXIV, graduados dos y medio (2½) años más tarde en Cartagena (1957.12.07).

— Sólo los positivos permanecen en la formación. Los negativos pueden retirarse recordando la discreción ordenada.

Así de claro, sencillo y determinante fue el proceso que cambiaría la vida de los siete (7) cadetes que permanecemos allí mirándonos atónitos en la cara. De pronto alguien dio un amable puñetazo en el pecho del compañero al lado, otro par se abrazaba dándose fuertes palmadas en la espalda. En segundos nuestra alegría se tornó en jolgorio cargado de apretones, risas y expresiones de sorpresa empapa de gratitud, ahogando las preguntas que sin esperar respuesta nos hacíamos sobre Suecia y el por qué precisamente ese país.

En las horas de la tarde de aquel feliz domingo (1955.06.05) desembarcamos los siguientes cadetes mencionados por el apellido en orden alfabético:

Bermúdez Cunha, Edgardo.

Campos Castañeda, Alvaro.

Fernández Tovar, Oscar.

Gomez Lecompte, Roberto.

Schroeder Soto, Luis Eduardo.

Torres Herrera, Jorge Alfredo.

Trujillo Gomez, Camilo.

De éstos yo era el “Benjamín”, cumplidos diecisiete (17) años el 1° de octubre del anterior año 1954, seguido en mayoría de edad por “Tico” Gómez Lecompte cumplidos los (17) el 19 de agosto del mismo año.

El viaje en bus de regreso a la Escuela en Cartagena fue veloz, feliz, cortísimo y sobrecargado de sensaciones de todo género, entre otras la de poderme duchar apenas llegando, y esa noche dormir en una de las rígidas literas en cualquiera de los ranchos que seguramente se encontrarían vacíos, con sus ventanales abiertos de par en par. Al día siguiente lunes 6 en las horas de la mañana, formamos temprano ante la Dirección de la Escuela, los ahora llamados Cadetes Firpo. El Sr. Director Capitán de Fragata Julio Cesar Reyes Canal salió en persona a saludarnos, y después de resumirnos la agenda tentativa que nos esperaba, nos dejó en manos de su ayudante para una sesión de información general, previa a una entrevista individual con cada uno de nosotros. Informados en términos generales sobre la construcción de un par de destructores en astilleros en Suecia, y el plan de entrenamiento de personal en todas las categorías para su tripulación, me tocó el turno de mi entrevista personal con mi Capitán Reyes. Muy amable me dejó entender que quería asegurarse de mi conformidad y disposición para continuar mis estudios en la Escuela Naval en Estocolmo, y mi concepto sobre la posible reacción y consecuente aprobación de mis padres a quienes él informaría personalmente antes de que yo lo hiciera. También me dejó debidamente aclarado el gran compromiso que se iniciaba entre las partes, y la prolongada ausencia en el exterior durante los cuatro (4) años de estudios y entrenamiento. Igualmente quedó sentado que el proceso definitivo para la comisión tomaría algunos días más, calculando que para fines de junio o principios de julio se podría entrar a concretar una fecha tentativa para el viaje de quienes salieran favorecidos. Este mismo lunes 6 a las 9 y 41 P. M., se transmitía el siguiente mensaje “Vía Marconi” destinado a mi Padre:



10) CN Julio Cesar Reyes Canal.

SEÑOR AUGUSTO SCHROEDER CAICEDO

CALLE 63 A NR 19-18 BOGOTA

REQUIERESE SU AUTORIZACION EXPLICITA FIN CADETE EDUARDO SCHROEDER SOTO FORME PARTE CONCURSO SELECCION COMISION ESTUDIOS CUATRO ANOS PAIS EUROPEO Y SI CASO SALIR FAVORECIDO ESTA DISPUESTO FIRMAR NUEVA FIANZA LA RESPUESTA CON CARACTER URGENTE DEBE DARLA POR CABLE O TELEGRAFO

CAPITAN DE FRAGATA JULIO CESAR REYES CANAL

DIRECTOR DE LA ESCUELA NAVAL DE CADETES

Temprano al día siguiente martes 7, contestaba mi Padre con el siguiente cable:

CAPITAN DE FRAGATA

JULIO CESAR REYES CANAL

DIRECCION ESCUELA NAVAL MILITAR

CARTAGENA

COMPLACIDO AUTORIZO MI HIJO CADETE EDUARDO SCHROEDER SOTO
FORME PARTE CONCURSO SELECCIÓN COMISION ESTUDIOS PAIS EURO-
PEO STOP ESTOY DISPUESTO OTORGAR NUEVA FIANZA STOP ATENTA-
MENTE

AUGUSTO SCHROEDER CAICEDO

Recibida esta respuesta afirmativa de mi Padre se me autorizó mantenerme en contacto con él en conexión con los adelantos del concurso. Me supongo que los trámites y correspondencia relativos a mis compañeros, serían similares. Como decía con anterioridad, de mi parte yo conservo un valiosísimo tesoro comprendido por los originales y copias de todos los documentos producidos en estas diligencias, junto con mis anotaciones y cartas personales además de cantidad respetable de fotografías tomadas por mí, que cubren los años de mi gran aventura en Suecia, y que felizmente resultó de gran utilidad a estas horas de la vida.

En un comienzo, esperando los resultados del concurso me parecía que el tiempo transcurría velozmente. Pasábamos los días ocupados con estudios adicionales haciendo foco especial en el país de destino, su historia y geografía, recobrándonos en inglés, y haciendo deportes para fortificar nuestro estado físico, no faltando las remadas en ballenera a la playa del Club Naval en Castillo Grande, y los trotes a lo largo de los entonces desérticos acantilados de Bocagrande. Obviamente no faltaron los correspondientes exámenes médicos.

Pasando las semanas sin acaecer gran cosa en el frente de nuestra retenida “selección preliminar”, que ya empezaba a originar en mí incómoda incertidumbre, ni mucho menos tener noticia alguna sobre una fecha para el tentativo viaje a Europa, el tiempo empezaba a marchar con extremada lentitud. Terminándose el mes de junio, los siete (7) cadetes desembarcados en Barranquilla fuimos retirados del servicio, pasando a vestirnos sólo en camisa y pantalones kaki, sin gorra alguna. Entrando el mes de julio, siendo los planes de la Armada que el grupo de cadetes a ser becados con destino a Suecia fuera de diez (10), se determinó completar el número seleccionando tres (3) cadetes del Contingente XXV presente en la Escuela sin haberse embarcado. Los siguientes cadetes pasaron a formar parte de nuestro grupo de los Firpo, dependiendo directamente de la Ayudantía de la Dirección de la Escuela:

Acuña Patiño, Raúl.

Beltrán Gutiérrez, Jorge Enrique;

Laborde Restrepo, Antonio.

Transcurridos un (1) mes y veintitrés (23) días, contados de la fecha de nuestro desembarco en Barranquilla (1955.06.05-Do.), súbito empieza a ocurrir cosas en conexión con el concurso y el viaje a Europa. El Sr. Director de la Escuela escribía a mi Padre las siguientes líneas:

«...Cartagena, julio 28 de 1955.

Nr 00910 / ENC-CBC-106

Señor

AUGUSTO SCHROEDER

Bogotá.

La Dirección de la Escuela Naval se complace en participar a Usted que su hijo el Cadete EDUARDO SCHROEDER SOTO, ha sido seleccionado para continuar sus estudios en el Reino Unido de Suecia.

Además, informo a Usted que debido a que el viaje debe realizarse en la próxima semana, es imposible que los Cadetes se despidan personalmente de sus familiares como esta Dirección lo desearía, pero tiene mucho gusto en comunicarle que su hijo se encuentra muy contento de haber salido favorecido, se halla en excelentes condiciones, y va dispuesto a aprovechar la oportunidad que le da la Armada de seguir sus estudios en el exterior para satisfacción de Usted, de la sociedad y de la Patria.

Capitán de Fragata Julio Cesar Reyes Canal

Director de la Escuela Naval...»

En este mismo día jueves 28 de julio recibo mi Pasaporte Oficial expedido en Cartagena por la Gobernación del Departamento de Bolívar, válido por dos (2) años hasta el 28 de julio de 1957. Además, informándonos a última hora sobre una estadía nuestra en cursos preparatorios en la ciudad de Gotemburgo, antes de nuestro ingreso en la Escuela Naval sueca al Norte de la capital Estocolmo, la Dirección de la Escuela nos recomienda llevar con nosotros ropa de civil propia para aquellas latitudes, asunto por el cual envió urgentemente el siguiente cable a mi Madre en Bogotá:

*BETTY SCHROEDER CALLE 63 A 19.18
BOGOTA*

*VUELO MARTES SUECIA REMITANME 2 VESTIDOS PANO CHAQUETA CUERO
ZAPATOS MARRON BUFANDA DEMAS PRENDAS TIERRA FRIA TIO LUIS AQUÍ
LLAMARALES MANANA TELEFONO ABRAZOS EDUARDO*

El día lunes 1º de agosto, el Cónsul de Suecia en Cartagena registra en mi pasaporte la siguiente Visa de Cortesía:

«...Visado en este Consulado para viajar a Suecia en misión Oficial de Estudios del Gobierno de Colombia...»



11) Cadete Eduardo Schroeder Soto



La carta del Sr. Director de la Escuela llegaría a manos de mi Padre el día miércoles 3 de agosto cuando ya estaríamos volando destino a Europa, por lo que mi cable les llegó como una bomba, pero gracias a que un tío mío se encontraba en negocios de paso por Cartagena, y felizmente se le había ocurrido visitarme en la Escuela, complacido se hizo cargo de colaborar en todas las diligencias para informar a mi familia los detalles de mi viaje, coordinar localmente las urgentes maniobras para proveerme de la ropa que estaba solicitando urgentemente de Bogotá, junto con algunos importantes utensilios personales que me enviarían de mi casa, entre ellos la cámara fotográfica, que me acompañarían durante los largos años de destierro voluntario que tenía por delante. Era lamentable que habiendo pasado casi dos (2) meses en una parsimoniosa espera, no se hubiesen planificado estas importantes operaciones de logística con más holgura y menos costos.

A propósito de la prolongada espera, que llegaría a un total de dos (2) meses completos [1955.06.05-1955.08.03], quedaba prácticamente demostrado que nosotros los siete (7) Cadetes del Contingente XXIV que muy optimistas respondiéramos con un patente y jubiloso «...Positivo...» a bordo del ARC Capitán Tono, salíamos todos en un santiamén premiados a continuar estudios en Suecia, en un proceso de selección “sui generis”, que obviamente dejaba indelebles huellas en nuestras almas, y en la de nuestros padres, que se acentuaban con los efectos de la rigurosa condición de los cuatro (4) años sin derecho a regresar de Suecia en vacaciones, y la súbita abolición de la posibilidad de despedirnos personalmente. De esta última determinación felizmente se libraban tres (3) compañeros que tenían sus hogares en las proximidades: un cartagenero, un barranquillero y un samario.

Queda en su lugar incluir un modesto balance de los años que en total yo llegaría a completar, «...desprendido...» de un hogar persiguiendo aquello de «...poder ser lo que yo debiera llegar a ser...»: a los cuatro (4) años recluso en un requi-internado, agrego uno y medio (1½) en la Escuela Naval de Cartagena, más cuatro (4) tentativos en la Escuela Naval de Suecia, dando la módica suma de nueve y medio (9½) años. ¿No sería éste un factor que llegaría a influir drásticamente en lo que a fin de cuentas yo llegara a ser? ¡Claro que sí! ...pero para estas sabias conclusiones no había cupo en aquellos tiernos abríles completamente henchidos de ambición y de optimismo. Ya veremos además los efectos de otras sorpresas que por el camino me esperaban, ocurriendo la primera extra- vagantemente pronto.

Gratos fueron de todas maneras esos sesenta (60) días en que se fundió entre nosotros un compañerismo que se convertía en la mejor herramienta y arma que llevaríamos con nosotros, compartiéndola fraternalmente con los tres (3) compañeros del Contingente XXV que se nos unían en la gran empresa de nuestras vidas con una misma meta: la de convertirnos en Oficiales de nuestra Armada Nacional, sirviendo en ella para «...satisfacción de nuestros padres, de la sociedad y de la Patria...», como escribía mi Capitán Reyes.

Terminando este primer capítulo de mi relato Yo Cadete Firpo, me es muy grato compartir las palabras que mi Padre escribiera al Sr. Director de la Escuela Naval, en respuesta a su nota de fecha 28 de julio citada anteriormente.





«...Señor

Capitán de Fragata

JULIO CESAR REYES CANAL

Director de la Escuela Naval

Cartagena.

Muy apreciado señor Director:

Tengo el honor de acusar recibo de su atenta nota número 00910 de fecha 28 de julio próximo pasado, con la cual se sirve comunicarme que mi hijo el Cadete EDUARDO SCHROEDER SOTO, ha sido seleccionado para continuar sus estudios en el Reino Unido de Suecia.

Mi familia se une a mí para expresar a la Dirección de la Escuela Naval, al digno cargo de Usted, nuestra viva complacencia por esta honrosa distinción y nuestra absoluta confianza en que EDUARDO sabrá corresponder; Dios mediante, con indefectible sentido de responsabilidad y con verdadero ánimo patriótico a esta excelente oportunidad que le ha brindado la Armada para perfeccionar su carrera Naval.

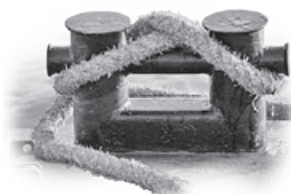
Me place suscribirme de Usted, con mi más distinguida consideración y aprecio,

Atento y seguro servidor,

Augusto Schroeder Caicedo...»

Terminado con las máquinas.

Luis Eduardo Schroeder Soto.





*Pañol
de la historia*

Síganos en nuestras redes



ArmadaNacionalvideos



@armadacolombia



armadanacionaldecolombia



+armadanacional



ArmadaNacionaldeColombia

A R M A D A N A C I O N A L
www.armada.mil.co